

# LA VISITA

Por: Lucas Remírez Eguía

## IX

Silencio, mamparas de cristal, por los laterales opacas, al frente transparentes, incluida la puerta de entrada corredera. Enfermeras, unas de blanco inmaculado, otras de verde, transitan de un lado para otro en un quehacer continuo. En un gran mostrador unos monitores, tantos como habitáculos acristalados hay, controlan en todo momento las constantes vitales de cada uno de los inquilinos que nos encontramos en la UCI.

Mundi, está ahí, quieto, de pie junto a la cama, mirándome. Lleva puesta una bata de plástico verde desechable, la cabeza y los pies embutidos en plástico igualmente. No dice nada, sólo mira. Me mira a mí y mira todo lo que me rodea. Cuando me ve abrir los ojos y que le estoy mirando, entonces, como en un susurro, dice:

—Hola, he venido a verte.

—No sabes lo que me alegra tenerte aquí, con el tiempo que hace que no sabía de ti —le digo un tanto emocionado, he de reconocerlo,

—Eso es porque me tienes olvidado, pero no me importa, en cuanto me he enterado de que estabas enfermo he venido a verte. No tienes mala pinta a pesar de todas las cosas que llevas puestas. Oye, esos parches con esos cables que llevas en el pecho, ¿para qué son?

—Controlan el corazón y en ese monitor que hay detrás de la cama, se ven unos cuantos números que indican cómo va la cosa,

—Son unos números chulos, de colores —dice.

—Si, chulos son, la pega es cuando marcan lo que no deben marcar y empiezan los problemas.

—Oye, esta cama con ruedas y llena de resortes y barras también es chula. Además se dobla por donde quieres y tiene barandillas a los lados como las cunas. Tú ya eres grande para dormir en cuna.

Parece que la cosa le hace gracia.

—¿Sabes qué pasa? Conforme nos vamos haciendo mayores, en muchas cosas nos acercamos a la infancia.

No sé si me ha hecho mucho caso a lo que le he dicho pues su atención está puesta en seguir con la mirada la caída, gota a gota, del contenido de los tres goteros que tengo colgados de un árbol metálico en la cabecera de la cama. Su mirada va primero al inicio del recorrido de cada gota y luego la sigue, a través del tubo de plástico transparente, hasta que la ve desaparecer en el catéter instalado en el dorso de mi mano derecha.

—¿Te duele? —Me dice mirando la mano.

—No, al principio es un poco incómodo, luego te acostumbras.

—¿No tienes pijama?

—No —le digo— en esta parte del hospital, debajo de las sábanas, estás como viniste al mundo.

—¿No te puedes levantar?

—No, no me puedo mover de la cama.

—Oye ¿y cómo te lavas?

— Me lavan. Todas las mañanas, entre enfermeras y auxiliares, me hacen la higiene de todo el cuerpo con unas esponjas especiales.

—Te dará corte, ¿no?, eso de que te vean unas chicas desnudo —dice sopesando la situación.

—No te creas. Ellas están acostumbradas y uno se acaba acostumbrando.

—¿Sabes qué?

—Cuando sea mayor voy a ser médico.

—Ya, anda que no te queda nada para decidir lo que quieres ser de mayor, Ahora lo tuyo es aprender las reglas de tres y cosas por el estilo. A todo esto, ¿qué tal vas en el nuevo cole?

—Bien, es más chulo que Padrón y cerca tiene un pinar donde vamos a jugar.

Un pitido intermitente, proveniente del monitor que tengo detrás, llama su atención. Al poco una enfermera entra y me conecta

uno de los cables del pecho que se me ha soltado. Mira hacia el árbol y comprueba que uno de los bolos de medicación está a punto de agotarse. Sale y al poco entra con uno nuevo. Mundi no le quita ojo. La chica regula la frecuencia del gotero y se va, no sin dedicarle una sonrisa al chaval.

—¿Sabes? Yo tengo un compañero, que le llamamos Pitu, que también está malo del corazón. Bueno, no como tú, pero cuando jugamos a correr o al fútbol, él se queda sentado viéndonos. Dicen mis amigos que, a lo mejor, a partir de las vacaciones de Navidad ya no vuelve más al cole. Me da pena verle como nos mira cuando jugamos. Oye, ¿a ti te duele el corazón? .

—No, no me duele. Según los médicos cuando salga de aquí estaré como nuevo.

—Ya tengo ganas de que salgas para que vayas a buscarme y de paso me invites a merendar. Cuando me enteré de lo tuyo me acordé mucho de los ratos que hemos pasado juntos y me dabas mucha pena.

Como siga así acabará haciéndome llorar.

—Pues nada, no te preocupes por mí que todo ha pasado. Disfruta con tus amigos.

—Bueno, me voy. Sólo quería verte en persona para ver que tal estabas. Vienen a buscarme un amigo nuevo del colegio y su madre, que nos va a llevar al cine a ver una película muy chula que estrenan en la Gran Vía. Se llama “Coraza negra”. ¿La has visto?

—La vi hace muchos años, cuando tenía tu edad más o menos, pero a mí no me invitaron, tuve que esperar a que la pusieran en un cine de barrio que costaba más barato. Te gustará.

—Vale. Que te cures pronto. Me acordaré de tí.

Una auxiliar viene y se lo lleva cogido de la mano. Su bata de plástico desechable le llega hasta los pies, incluso la arrastra un poco. Él va medio vuelto hacia atrás como queriendo fijar en su mente cuanto está viendo. Antes de perderse de vista, tras la mampara de cristal, me hace un ademán de adiós con la mano libre. Desaparece antes de darme tiempo a contestarle.

Alguien me zarandea levemente.

—Despierte, despierte, dentro de cinco minutos va a entrar su familia a verle. Han venido cuatro y entrarán de dos en dos, ya sabe. Le voy a subir la parte superior de la cama para que esté incorporado cuando entren.

Es una de las enfermeras. Estoy todavía un poco aturdido y mientras manipula el mando de la cama le pregunto:

—Un niño que ha estado aquí...

Me mira, a la vez que deja el mando de la cama y con tono comprensivo y una leve sonrisa, me dice, mientras me coloca bien la almohada:

—Lo habrá soñado, aquí no pueden entrar niños, aunque, por la expresión de su cara, veo que ha sido un buen sueño. Siento haberle despertado.

En un lugar como ese, donde nunca es de noche, donde los cuerpos vencidos se dejan hacer, donde algunos se agarran a la vida a través de una máquina, donde los relojes no existen nada más que para el control de la administración de los medicamentos, donde el contacto con los seres queridos se reduce a media hora por la mañana y media por la tarde, donde el tiempo transcurre lento y el pensamiento, con frecuencia, se enfrasca en la revisión de lo que has hecho en el antes y la incógnita de lo que harás en el después, donde, cuando has superado el trance, la frase más deseada por oír es: "mañana le subiremos a planta". En ese lugar, en una UCI, también se puede tener un sueño agradable y relajante, un sueño de retorno, un sueño de esperanza que te invite a seguir soñando una vez despierto.

"Es un remedio (el sueño) que se obtiene sin nada a cambio, sin médicos ni brujerías". Goethe.

**Octubre 2010**